

## Roger Guerra García y la investigación médica

---

Dr. Luis Sobrevilla Alcázar

Conocí a Roger en marzo de 1952, cuando ingresamos a la Facultad de Medicina de San Fernando, la única que existía en el país en esos años. Él era alto, delgado, generoso, amable, de genio algo vivo. Venía de Trujillo, donde estudió los dos años de premédicas. Pronto hicimos amistad, pues ambos éramos provincianos – él, de Cajamarca; yo, de Huancayo- y nuestros padres habían trabajado en el poder judicial.

Nuestro interés en la investigación comenzó cuando cursamos el tercer año de Medicina. Recibíamos las clases de Fisiopatología en el Hospital Arzobispo Loayza, donde se encontraba la sede del famoso Instituto de Biología Andina que había creado en la Facultad el profesor Carlos Monge Medrano en 1931. En esos años dirigía el IBA el famoso profesor Alberto Hurtado Abadía, y las clases las impartían sus investigadores. La dedicación al avance del conocimiento y la enseñanza de estos maestros despertaron en varios de nosotros un gran interés por la investigación científica. Roger se inclinó por la Endocrinología, una nueva especialidad, y se unió al grupo de estudiantes que trabajaban y estudiaban bajo la tutela de Javier Correa: Rolando Calderón, Eduardo Pretell y Abraham Sterenthal.

Correa se había especializado en esta novedosa disciplina en los EE UU y trabajaba como investigador del IBA, endocrinólogo del hospital Loayza y del cercano Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas - INEN, con la participación de sus discípulos. Roger se graduó como médico cirujano en 1959 con la tesis

***Hipófisis, adrenales y testículos de cobayos a nivel del mar y en la altitud***, realizada en Lima y en el laboratorio de altura del IBA en el pueblo minero de Morococha, a 4,500 m de altitud, bajo la dirección de Javier Arias Stella, brillante patólogo e investigador del IBA. Después de su graduación, Roger fue contratado por el IBA como asistente de investigación.

Roger contrajo matrimonio con Mabel Campos y, poco después, abrió una consulta médica y continuó su trabajo como investigador del IBA. Durante estos primeros meses, descubrió que lo que más le interesaba en la vida y en la medicina era la investigación para contribuir al avance del conocimiento científico. Cerró, pues, su consultorio para dedicarse de manera exclusiva a investigar y a la docencia. En 1962, con el auspicio del IBA, viajó a Nueva York para continuar su adiestramiento de postgrado, como becario del Instituto Nacional de Salud de los EE UU. Roger eligió para su postgrado el Departamento de Endocrinología del famoso Hospital Mount Sinaí de Nueva York dirigido por el profesor Louis Soffer, donde yo también había hecho postgrado.

Nos reencontramos en EE UU cuando, como parte de su adiestramiento en las nuevas técnicas de Cromatografía gas-líquido para la determinación de hormonas, Roger vino a vivir a Boston para trabajar unos meses en los laboratorios de dicha universidad. Con Pedro Padrón y Willy Pachas, colegas peruanos que también hacían estudios de postgrado en EE UU, habíamos alquilado y compartíamos un departamento

en la calle Strathmore Road de Boston y Roger se unió a nuestro grupo. En esos años, que marcaron el rumbo de nuestras vidas, yo hacía también postgrado en Endocrinología, como becario del Population Council en el Lying Inn Hospital de la Universidad de Harvard, haciendo investigación avanzada sobre la síntesis de estrógenos por la placenta, en los laboratorios del Profesor Claude Villee.

Coincidió también con nosotros José “Pepe” Donayre, que estaba haciendo estudios de postgrado y trabajando con los “padres” de la píldora anticonceptiva, Gregory Pincus y John Rock, en la Fundación Worcester. Era esta una organización no lucrativa de investigación científica, ubicada en esta pequeña ciudad muy cerca de Boston, donde yo también había trabajado tres meses con el investigador bioquímico Ralph Dorfman. Durante nuestro paso por la WF, Pepe y yo tomamos conciencia de los problemas vinculados al acelerado crecimiento demográfico y su impacto sobre el desarrollo económico y social. En nuestro departamento de Boston, hacíamos reuniones semanales de revisión de revistas científicas y también algunas alegres fiestas en ocasiones especiales, como cuando celebramos la elección del arquitecto Fernando Belaúnde como presidente del Perú en julio de 1963.

Durante estos años, interesados en hacer investigación científica al regresar al Perú, organizamos con Pepe y Roger un gran proyecto para estudiar los efectos de la exposición aguda de humanos y animales a la altura, y también para estudiar la eficacia y seguridad de la píldora anticonceptiva en la mujer de los Andes. Llamamos al plan “Proyecto Cerro de Pasco”, tomando el nombre de la ciudad minera a 4,200 metros snm, donde se realizaría la parte andina del estudio. Nos distribuimos los diferentes aspectos de la respuesta hormonal, y Roger se encargó de los temas andrológicos. Logramos el apoyo y participación de nuestro buen amigo y colega Federico, “Fico” Moncloa, que dirigía el Laboratorio de Endocrinología del Instituto de Estudios de la Altura, en la recientemente creada Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas, la que pronto adoptó el nombre de Universidad Peruana Cayetano Heredia. El profesor Hurtado, director del IIA, dio su apoyo al proyecto y este fue presentado para

su evaluación por el Population Council, que le dio su aprobación.

Regresamos en 1964 a trabajar como investigadores y docentes de la Universidad Cayetano Heredia y encontramos un Perú muy cambiado. La población de Lima había crecido muchísimo por las migraciones, que habían creado pueblos marginales en los alrededores de la ciudad y sus cerros aledaños, carentes de agua y servicios. Estos asentamientos humanos, habitados por trabajadores informales y sus familias, eran producto del rápido crecimiento demográfico del país. Dichos asentamientos aún permanecen como un grave problema irresuelto, que ha pesado mucho en los terribles estragos de la pandemia que estos días azota al Perú y al mundo y que, entre sus millares de víctimas, se ha llevado al más allá a mi queridísimo amigo y compadre.

En cuanto llegaron los fondos del proyecto, alistamos los laboratorios, equipos y colonias de animales de experimentación y dimos comienzo a la investigación. Los nexos de Roger con la Marina de Guerra, en cuyo hospital había trabajado como interno, nos permitieron reunir a un grupo de jóvenes. Eran estos voluntarios, a quienes –después de analizarlos en Lima- llevamos por tren a Cerro de Pasco. Allí se repitieron los amplios estudios hormonales, y también se hizo lo mismo con los animales de experimentación. Los importantes y significativos resultados de estos estudios fueron presentados y publicados en el país y en numerosas reuniones nacionales e internacionales.

Esta serie de trabajos científicos fue titulada “Estudios de exposición aguda a la altura”, y hasta hoy son referencia obligada sobre este tema. Los estudios sobre la fecundidad y el uso de la píldora en la altura demostraron su gran aceptación, eficacia y seguridad en la población andina. El trabajo conjunto en el IIA estrechó nuestra amistad. Roger y Mabel tuvieron la gentileza de hacerme padrino del tercero de sus seis hijos, Hernando, “Nano”; así, además de ser su gran amigo, me convertí en su “compadre”. Lamentablemente Mabel falleció de cáncer poco

después de dar a luz a su último hijo. Roger se casó un tiempo después con Luisa Parodi Larco, quien le acompañó hasta sus últimos días.

Roger continuó sus investigaciones andrológicas en la altura por varios años. En 1971 obtuvo el grado de doctor en Medicina por la Universidad Cayetano Heredia con la tesis *Dinámica de la Androgénesis en la altura*. Más adelante fue elegido director del IIA; luego, director de Planificación y, más tarde, rector de la UPCH.

Roger es autor o coautor de casi una veintena de libros y más de un centenar de informes científicos en revistas científicas nacionales e internacionales, además de numerosas publicaciones de divulgación. Fue miembro, y en algunas incluso presidente, de varias sociedades científicas nacionales e internacionales. Vale destacar entre ellas a la Sociedad Peruana de Endocrinología - SPE, la Asociación Latinoamericana de Investigadores

en Reproducción Humana - ALIRH y la Academia Nacional de Medicina, de la que fue elegido presidente. Fue nombrado presidente del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, creado durante el segundo gobierno de Fernando Belaúnde. Desde este puesto dio impulso y apoyo a la investigación científica del país.

En otras notas de esta publicación sobre la fructífera vida de Roger se describen sus numerosos aportes al país como miembro destacado, gestor, director y presidente de numerosas organizaciones científicas, académicas, culturales y políticas.

Para terminar, me honra rendir un sentido homenaje a Roger, a través de esta breve semblanza de sus actividades como Investigador científico. Le recordaré siempre como a un queridísimo amigo, compadre y peruano ejemplar.